



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIII

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9456

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

MARTES 9 DE MAYO DE 1893.

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Gaceros responsables en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

EL ESTABLECIMIENTO de ferretería y batería de cocina, que los Sres. Hernández Hermosilla Hermanos tenían establecido en la calle de Cuatro Santos número 15, se ha trasladado á la del Aire, número 24, esquina á la de San Miguel.

MUSEO COMERCIAL

EXPOSICIÓN PERMANENTE Y VENTA EN COMISION DE PRODUCTOS INDUSTRIALES

Sección agrícola: Arados.—Azufradores para la vid.—Taponadores.—Ingertadores.—Bombas.—Norias.—Muebles para jardín.—Jarrones.—Guano insecticida.—Herramental completo para la agricultura.

Minas y Maquinaria: Máquinas y calderas de vapor.—Bombas.—Vías férreas.—Wagones.—Tuberías.—Tornillaje.—Cubas.—Cables.—Desincrustante.—Manufacturas de caucho y amianto.—Crisoles.—Candiles.—Barrenas.—Picos.—Legones.—Etc., etc.

Construcción: Chimeneas, pilas, escaleras y demás manufacturas de mármol.—Sifones, inodoros, tubos y codos de hierro para aguas y retretes.—Mosáicos y demás productos hidráulicos de mármol artificial.—Ladrillo hueco, teja plana, balustres, remates y jarrones de barro cocido.—Papeles pintados.—Majólicas, etc., etc.

Mobiliario: Sillas.—Cómodas.—Mesas.—Camas.—Espejos.—Cajas de caudales.—Básculas, etc., etc. PALACE CONESA.—PUERTA DE MURCIA.

EL SOCIALISMO.

(NOTAS Y Apreciaciones.)

X

Volviendo á las huelgas, para que tengan carácter serio y fuerza de resistencia pasiva á la actual explotación del pobre por el rico, conviene que sean pacíficas, y se desprendan de todos los elementos de perturbación que á ellas puedan agregarse. Cuento entre estos elementos de perturbación á los anarquistas; y cuento, además, á ese número de obreros que hay en todas las poblaciones, vagos por temperamento, viciosos, maltrabajos, de cuya miseria y la miseria de sus familias nadie es responsable sino ellos mismos, por dejar en las tabernas y garitos donde se juega, el jornal del día en que trabajan, mientras la mujer pide limosna y los niños van descalzos, muertos de hambre, llenos de miseria.

Aquellos y estas, anarquistas y gente perdida, son al socialismo lo que el trébol al trigo y deshonran la sociedad de las huelgas.

Yo sé de cierto centro obrero donde se despide para siempre al que una vez se emborracha, al que juega, al que gasta con cierta clase de mujeres lo que corresponde á su mujer y á sus hijos: este es el sistema. Desgraciadamente se practica poco. Esta es una de las causas que hacen irrealizable la teoría completa del socialismo: que en el mundo siempre habrá gente honrada y gente que no lo es; hombres activos y trabajadores y hombres va-

gos y viciosos; grandes inteligencias y cerebros hueros; y estas desigualdades que nacen con el hombre, que obedecen á complicadas causas fisiológicas y á la ley de herencia, no hay sistemas, ni leyes, ni nada que pueda hacerlas desaparecer. Desheredados de la fortuna los habrá interin exista calor en la tierra para dar vida al género humano; y como contraste, habrá seres afortunados, ó mafiosos que se eleven sobre la masa del vulgo, ya en bienes legítimamente adquiridos (pues ya hemos quedado en que el verdadero socialismo no consiste en que todos ganen lo mismo, sino en que cada cual sea recompensado con arreglo á la calidad y cantidad de su trabajo) ya en honores y privilegios. Pensar en destruir esta ley del contraste es absurdo; procurar atenuarla y hacerla más llevadera al término medio de la humanidad, que es quien sufre ahora las consecuencias, la verdadera tendencia del socialismo bien entendido, socialismo algo diferente, por desgracia, de aquello á que se viene dando hasta ahora tal nombre.

Demuestra Spencer que el atraso en que se encuentra la ciencia sociológica estriba en que nunca buscamos las causas primeras de las cosas y los efectos para establecer sobre ellas reglas aproximadamente fijas y un estudio firme, sino las segundas ó terceras, las superficiales, las inmediatas. Precisamente la sociología, esa ciencia en su infancia aun y cuyos primeros balbuceos nos ha hecho conocer el gran pensador inglés, es la base absolutamente necesaria para el socialismo á quien pierde también no buscar más que las causas salientes y secundarias, no las primeras del estado actual de la sociedad; y es claro que, ignorando esas causas es imposible corregir los efectos.

Comencemos por estudiar bien que resortes son los que mueven esta complicada máquina del actual sistema económico; las causas primeras, las causas madres en que se fundamenta el presente estado de cosas, tras una larga serie de lentas transformaciones, modificaciones, cambios y perfeccionamientos, lo que, considerado como ser imperfecto desde todos los puntos de vista, puede dar de sí el hombre puesto en tales ó cuales condiciones; y después de bien estudiados estos tres puntos, procedase al estudio complementario de cuales reformas pueden intentarse, según los elementos con que se cuenta y cuales no; qué modo se ha de emplear para realizarlas sin grandes perjuicios para nadie; y cómo han de quedar para que sean firmes y duraderas, mirando siempre al bien de la mayoría y apuntando á conseguir entre las individualidades del género humano la mayor desigualdad posible. Así podría convertirse el socialismo en algo muy serio, en una ciencia, inmediatamente desprendida de la sociológica, pero ciencia práctica, de efectos inmediatos, que todos debíamos estudiar atentamente.

Y esto sin perder momento, antes de que escape la situación general del hombre, y de que se haga

imposible la utilitaria transformación económica. Caminamos á pasos agigantados hacia la ruina general. Cuanto más adelantan las ciencias, cuanto más actividades se necesitan para la producción y aumentan las velocidades para el transporte y se inventan máquinas de mayor potencia y se emprenden proyectos más colosales; más se van reduciendo los capitales y acumulándose en menos manos; y en igual proporción disminuyen los propietarios y capitalistas y aumentan los obreros de todas clases, necesitados de trabajo, de colocaciones, empleos y destinos del gobierno, para llevar á la boca un pedazo de pan. Los industriales á la menuda, los especuladores de todas clases y poco capital, se van arruinando uno en pos de otro, absorbidos por las empresas á grande escala, por la especulación al por mayor, y mientras ellos van á engrasar las filas del proletariado, sus reducidos capitales van acumulándose con los capitales de las grandes casas en comandita. Figúrenos una porción de arroyos y ríos pequeños, con poca agua, que van vaciándose en el mar y secándose sucesivamente.

Y está no hay porqué esforzarse en demostrarlo. Estudie cada cual la historia económica de los últimos cincuenta años en su ciudad natal y no dejará de encontrar sobrados ejemplos de esta constante absorción del capital pequeño por los grandes capitales. Hoy no puede trabajar por su cuenta más que aquel que cuenta con grandes medios, es decir, con mucho dinero, precisamente el menos necesitado de sacar á este dinero un crecido tanto por ciento.

Nos precipitamos hacia la ruina completa. Las manifestaciones de esta ruina han comenzado ya; han comenzado por algunas poblaciones de poca importancia, relativamente ricas no hace muchos años y hoy en la miseria; de estas poblaciones pasará á las grandes; luego se dará el caso de la muerte económica de provincias enteras; á esta ruina en aumento seguirá la de las naciones y crecerá la gangrena hasta que le llegue á la garganta, á la humanidad y la ahogue. No es pesimismo: es consecuencia lógica del actual movimiento económico.

Pondré un ejemplo. Hable Alcoy, población riquísima no hace muchos años y puramente industrial, con sus grandes fábricas de paño, de fósforos, de papel de fumar, en las que nunca faltaba trabajo bien retribuido para los que iban á pedirlo. Hoy las fábricas están paradas; las altas chimeneas no vomitan humo; parecen imágenes silenciosas de la muerte. Las grandes empresas fabriles del extranjero, más la ninguna protección que han prestado nuestros gobiernos á la industria española, han arruinado la industria alcoyana, que no ha podido hacer la competencia á la francesa y de otros países. Como este caso aislado podrían citarse muchos, por desgracia.

Los desdichados tratados comerciales hechos por nuestros gobiernos con las otras naciones; las más

desdichadas todavía operaciones de nuestro Tesoro con el Banco; la malísima administración gubernativa; las crecidas contribuciones de todas clases, consumos, extraordinarios derechos de producción, de expendición etc., etc.; todas estas causas han venido á matar nuestra industria y á disminuir en gran parte el valor de nuestros productos, encareciéndolos en cambio para nosotros mismos cuando los hemos de consumir. ¿Cómo se comprende, sinó, que sean hoy las más ricas las naciones que menos producen?

España produce mucho más de lo que consume. Tiene pues un sobrante natural que debía mantenerla próspera y rica; y sin embargo su ruina es inminente; el mal estado inaguantable y sin solución visible.

MANUEL BIELSA.

Cartagena Abril 1893.

Variedades

COLABORACION INEDITA.

EL VIEJO DEL RINCON

Aquel viejecillo menudo, bien afeitado, con el bigotillo blanco y áspero, recortado como un cepillo y el pelo pelo que le quedaba plateado en la cabeza, duro y tieso como cerdas, había fijado muy particularmente mi atención de desocupado.

Todas las noches se sentaba en el mismo rincón del café, en aquél ángulo cercano al mostrador que por las tardes llenaban los bolsistas, de dos á tres, y por las noches seis ó siete veteranos, poco más ó menos como aquel viejo del bigote como un cepillo y el pelo como unas cerdas.

Me divertían extraordinariamente la media docena de veteranos, aunque á decir verdad no hubo jamás conversación menos variada que la suya. Pero vino la guerra y la mesa cambió totalmente de aspecto. De la noche á la mañana me habían mudado mis veteranos, y lo que hasta entonces fue cambio melancólico de recuerdos viejos, sin cesar renovados, se convirtió en discusiones agrías subrayadas con puñetazos, que querían ser enérgicos, sobre la mesa.

Noches vinieron en que el viejecillo de las cerdas se descompuso callando las noticias de la guerra, hasta el inverosímil extremo de hacer salir del mostrador al regente del café con objeto de oírle, como sucedió cuando se supo la clausura de la línea sitiadora de Bilbao, que fue para el viejo como una cantárida.

—¡Porra!—exclamaba, dando puñetazos en la banqueta para no romperse los huesos de la mano en el mármol de la mesa.—¿Y cómo ha sido eso, á pesar de lo que le dije? Pues por esto, y esto y esto...

Pidió lápiz al del mostrador, y trazando rayas y puntos en el mármol, demostró en menos que canta un gallo, que lo sucedido no hubiera sucedido, si el general hubiera tirado por aquí... y luego por acá, y en seguida por la derecha, etc.

Aquel maravilloso plan debía parecer de perlas á los otros, porque cada cual movió la nariz en su correspondiente taza, diciendo que el amigo Baticola tenía razón, evidentemente, y que el plan estaba allí, en el mármol, más claro que la luz divina.

El bueno de Baticola se calmaba con

aquello, mandaba al mozo borrar con la rodilla el plan maravilloso para que nadie pudiera aprovecharse de él: acabados la taza del café y el tema de conversación por aquella noche, se embocaba Baticola arosamente en la capita, y con paso menudo se marchaba á su casa de huéspedes de la Cava Baja, que llamo suya porque la había fundado en unión de su señora, la de Baticola, poco después de tomar el retiro en el segundo escuadrón de Lusitania.

El regente del café me dió antecedentes muy curiosos de Baticola; había sido, efectivamente, hombre de grandes bríos y ánimo templado, y del que podía asegurarse que era capaz de hacer todas las increíbles proezas que imaginaba en los supuestos estratégicos de la mesa del café.

Pero como todos los héroes, había caído donde menos podía esperarse, en poder de su señora, patrona montaráz que parecía, como el propio Baticola, retirada también del arma de caballería, aunque sin haberes pasivos. Y allí, en lo que él llamaba *establecimiento* de la Cava Baja, pagaba el pobre Baticola los excesos de energía del café, ya corriendo los temporales á la patrona y consorte, ya templando gaitas á los huéspedes, que con decir que soportaban á la patrona está dicho de qué fibra serían, y descendiendo á veces en su abnegación de amo de casa hasta el vil oficio de avisar en el café inmediato cada vez que á algún huésped se le ocurría andar de chipanda doméstica.

El pobre Baticola se indemnizaba de estas hondas amarguras en aquel rincón del café, en su tertulia de la noche; á la que le permitía ir la patrona con sorte, más que por satisfacer el gusto, porque no le estorbaba en lo que ella llamaba el *sueñecico*, amodorramiento que le entraba después de cenar y que rumiaba en una butaca, que era como el trono mugriento de aquella majestad patronal. Baticola sufría una transformación mágica desde la Cava Baja hasta la Puerta del Sol, y dejando en la de su casa el humilde aspecto de chichisneo de los huéspedes; se presentaba en la tertulia con las trazas que yo le conocía de guerrero duro y curtido en cien combates.

No creas, lector mío, que todo lo dicho haya servido para preparar tu ánimo en pro del héroe, y referirte alguna estúpida hazaña suya.

No; sólo he querido que sintieses por el gran Baticola la misma simpatía que sentí yo aún antes de peccarme de sus desventurillas domésticas, que así, prevenido en su favor, lamentases su fin conmigo.

Ocurrió el lúgubre acontecimiento en pleno café, la noche en que se supo la entrada que se había logrado haciendo precisamente todo lo contrario de lo que Baticola había proyectado en su maravilloso plano sobre el mármol de la mesa. Aquel guerrero espíritu que tan blandamente se doblaba ante las exigencias de la patrona, se encendió como una yesca por una observación que le hizo un tertulio sobre la evidente inutilidad del plan, que tuvo el atrevimiento de calificar de descabellado.

¡Descabellado el plan de Baticola, que conocía el terreno á palmos, que lo había recorrido cien veces de sargento con Espartero, y por el cual podía andar con el mismo desembarazo que por su casa cuando la patrona no echaba el *sueñecico*! ¡Descabellado un plan que hubiera abreviado las angustias del sitio!

—No se incomode usted, don Pantaleón...

¡Pues sí que se incomodaba, y mucho! Tanto, que la sofocación le subió á l